

OPCIÓN CERO EN HAITÍ

Mientras sus consejeros ponderan las consecuencias cada vez más inquietantes del cambio de régimen en Iraq, Bush puede sentirse algo aliviado por la operación mucho más satisfactoria que se acaba de completar en Haití¹. No ha habido bruscos golpes preventivos, ni críticas domésticas ni coaliciones resquebrajadas que echaran a perder la escena; las objeciones de CARICOM [Comunidad del Caribe] o de la Unión Africana no han conllevado amenazas de represalias. Al derrocar al gobierno constitucionalmente elegido de Jean-Bertrand Aristide, Washington difícilmente podría haber ofrecido una muestra más ejemplar de cortesía multilateral. Se consultó a los aliados y se recabó la bendición del Consejo de Seguridad, inmediatamente concedida. La señal enviada a Chávez, Castro y otros oponentes del hemisferio fue inconfundible, aunque esta vez no fuera el pendenciero Tío Sam sino Francia quien realizó el primer llamamiento en favor de una intervención internacional en los asuntos domésticos haitianos.

En París también se apreciaba satisfacción por la sofisticada combinación del deber humanitario de una nación civilizada con la oportunidad de aplacar a Washington (sin perder la cara) por la desobediencia durante el último año a propósito de Iraq. Estados Unidos podía sentirse preocupado por esa «Liberia a sus puertas», como la calificaba la Comisión Independiente de Villepin, pero temiendo la reacción doméstica de su propia población negra en un año de elecciones, no se decidía a actuar². La oferta de cobertura diplomática del Quai d'Orsay garantizaba no sólo una intervención sin riesgo, sino una retirada cómoda, cuando la Fuerza de Estabilización de la ONU propuesta por Francia se hiciera cargo del control tres meses después³. Londres renunció por esta vez a su papel de principal perro de presa. Chirac y Villepin contaban con el respaldo prácticamente unánime de los medios de comunicación franceses, desde *Le*

¹ Estoy muy agradecido a Paul Farmer, Brian Concannon, Randall White, Charles Arthur, Dominique Esser, Richard Watts y Cécile Winter por su ayuda en distintos aspectos de este artículo.

² Régis DEBRAY, *Rapport du comité indépendant de réflexion et de propositions sur les relations franco-haitiennes*, enero de 2004, pp. 5, 53.

³ CONSEJO DE SEGURIDAD DE LA ONU, *Report of the Secretary-General on Haiti*, 16 de abril de 2004.

Figaro hasta *Le Monde* y *L'Humanité*, en favor de una intervención militar en Haití. Entre las voces más enfebrecidas destacaba la de *Libération*, que hacía al presidente Aristide —«un cura secularizado convertido en tirano millonario», «el Padre Ubu del Caribe»— personalmente responsable del «riesgo de catástrofe humanitaria» esgrimido para justificar la invasión⁴.

El 25 de febrero Villepin lanzó un llamamiento formal pidiendo la dimisión de Aristide. Dos días después, Francia, Estados Unidos y Canadá anunciaron el envío de tropas a Puerto Príncipe. A primera hora del domingo 29 de febrero el presidente haitiano fue sacado de su país a punta de pistola. Ese mismo día, el Consejo de Seguridad de la ONU suspendió su habitual periodo de consultas de 24 horas antes de las votaciones para aprobar una resolución de emergencia que autorizaba a los marines estadounidenses, a la Legión Extranjera francesa y a las fuerzas canadienses, que ya avanzaban hacia la capital haitiana, como avanzadilla de una fuerza multinacional de la ONU. Ante tal respaldo internacional, el Congressional Black Caucus [formado por los miembros de raza negra de la Cámara de Representantes del Congreso estadounidense] se limitó a rezongar suavemente. *Libération* se regocijó de la disolución del «patético carnaval sobre el que se había proclamado rey Aristide». Para *The New York Times*, la invasión era una admirable ejemplo de cómo los aliados pueden «encontrar un terreno común y poner en juego todos sus efectivos». A Bush no le quedaba más que telefonar a Chirac para agradecerle su ayuda, expresando su complacencia por «la excelente cooperación franco-estadounidense»⁵.

Los medios de comunicación occidentales habían preparado el terreno para otra «intervención humanitaria», según la fórmula ya familiar. Ante las repetidas acusaciones de corrupción, nepotismo, drogas, abusos contra los derechos humanos, autocracia, etc., al consumidor habitual de la carnaza mediática no le quedaba más opción que aceptar que lo que estaba en juego no tenía nada que ver con una prolongada batalla entre la mayoría pobre y una diminuta elite, sino que se trataba de una enrevesada bronca en la que ambos bandos eran igualmente culpables. La prensa francesa, en particular, tendía a pintar un sórdido panorama de niveles «africanos» de miseria y superstición, como advertencia para las colonias francesas [*domaines et territoires d'outre-mer*] en el Caribe y como un reto en el que se podía evidenciar, una vez más, la «misión civilizadora» de la comunidad internacional. Francia, como antigua potencia colonizadora y esclavista, cometería un error si le «volvía la espalda», según argumentaba el portavoz de la comisión investigadora de Villepin sobre las relaciones franco-haitianas. El bicentenario de la independencia de Haití en 2004 ofrecía la oportunidad para un ajuste de cuentas maduro con el pasado,

⁴ Véase Patrick SABATIER, *Libération*, 31 de diciembre de 2003 y 24 de febrero de 2004.

⁵ *Financial Times*, 2 de marzo de 2004; *International Herald Tribune*, 4 de marzo de 2004; Sabatier, *Libération*, 1 de marzo de 2004; Elaine Sciolino, *The New York Times*, 3 de marzo de 2004.

con el que Francia podría «aliviar el peso que la dominación impone a los amos» y establecer una nueva relación, más acorde con los tiempos⁶.

En lugar de entenderla como una confrontación *política*, como una batalla de principios y prioridades, la pugna haitiana aparecía como otro ejemplo más de la mezquina corrupción y la victimización de masas que presuntamente caracterizan la vida pública más allá de las puertas bien guardadas de la democracia occidental. El derrocamiento de Aristide, más que condicionado por una polarización de clases radical, o por la dinámica de una explotación sistemática, ha servido para corroborar el tema quizá más repetido en los comentarios occidentales sobre la isla: que la gente negra y pobre sigue siendo incapaz de gobernarse a sí misma.

Rompiendo las cadenas

La base estructural de la pobreza paralizante de Haití es herencia directa de la esclavitud y sus secuelas. El tratado de Ryswick formalizó en 1627 la ocupación francesa del tercio occidental de la isla entonces conocida como La Española, con el nombre de Santo Domingo. Durante el siglo XVIII la colonia se fue convirtiendo en la más rentable del mundo; en la década de 1780 proporcionaba a sus dueños unos ingresos mayores que las trece colonias en Norteamérica juntas a Gran Bretaña. Ninguna otra fuente de rentas suponía una contribución tan grande a la prosperidad de la burguesía comercial francesa y a la riqueza de ciudades como Burdeos, Nantes o Marsella. Los esclavos que generaban esos beneficios se rebelaron en 1791, y los esfuerzos combinados de británicos, españoles y franceses para aplastar la rebelión provocaron una guerra que duró trece años y que acabó con una derrota imperial sin paliativos. Pitt y Napoleón perdieron en vano unos 50.000 soldados en el esfuerzo por restaurar la esclavitud y el *statu quo*.

A finales de 1803, provocando el asombro universal de los observadores de la época, los ejércitos encabezados por Toussaint L'Ouverture y Dessalines consiguieron romper la cadena de la esclavitud colonial por lo que «en 1789 era su eslabón más fuerte»⁷. El nuevo país, que recibió el nombre de Haití, celebró su independencia en enero de 1804. He argumentado en otro lugar que hay pocos acontecimientos de la historia moderna con derivaciones tan amenazadoras para el orden dominante: la mera existencia de un Haití independiente constituía un reproche para los países comerciantes de esclavos de Europa, un peligroso ejemplo para los esclavistas estadounidenses y una fuente de inspiración para distintos movimientos de liberación africanos y latinoamericanos⁸. Gran parte de la pos-

⁶ Régis Debray, *Rapport du comité indépendant de réflexion et de propositions sur les relations franco-haïtiennes*, cit., pp. 6, 9.

⁷ Robin BLACKBURN, *The Overthrow of Colonial Slavery*, Londres, 1989, p. 258.

⁸ Peter HALLWARD, «Haitian Inspiration: Notes on the bicentenary of Haiti's independence», *Radical Philosophy* 123, enero-febrero de 2004.

terior historia de Haití se ha visto condicionada por los esfuerzos, tanto internos como externos, de sofocar las consecuencias de aquel acontecimiento y de preservar el legado esencial de la esclavitud y el colonialismo, esa distribución del trabajo, la riqueza y el poder tan espectacularmente injusta que ha caracterizado toda la historia poscolombina de la isla.

La principal prioridad de los esclavos que conquistaron la independencia en 1804 era evitar el retorno a la economía de «plantaciones», manteniendo cierto control directo sobre su propio sustento y tierra. A diferencia de casi todos los demás países latinoamericanos y del Caribe, el desarrollo de latifundios orientados hacia la exportación quedó limitado por la supervivencia generalizada de la pequeña propiedad campesina, y hoy día el 93 por 100 de los campesinos haitianos sigue disponiendo de una pequeña propiedad rural⁹. Sin embargo, la reducción del tamaño medio de las granjas a sólo 2 acres [0,8 hectáreas], combinada con la caída de los precios agrícolas, la terrible erosión del suelo y una falta crónica de inversión, hace que el precio que tengan que pagar la mayoría de esos campesinos por su independencia sea una indigencia permanente.

La extensión de esa miseria a todo el país fue consecuencia del aislamiento de su arruinada economía en las décadas posteriores a la independencia. La monarquía restaurada en Francia no restableció el comercio y las relaciones diplomáticas esenciales para la supervivencia del nuevo país hasta que éste acordó, en 1825, una «compensación» a sus antiguos amos coloniales de unos 150 millones de francos por la pérdida de sus esclavos –cantidad aproximadamente igual al presupuesto anual de Francia de la época o a unos diez años de los ingresos totales de Haití– y prometió castigar los descuentos comerciales. Con su economía todavía destrozada por las guerras coloniales, Haití tuvo que pedir prestados a los bancos privados franceses 24 millones de francos, con desorbitados tipos de interés, para comenzar a pagar esa «compensación». Aunque la exigencia francesa se rebajó finalmente de 150 a 90 millones de francos, a finales del siglo XIX los pagos a Francia consumían alrededor del 80 por 100 del presupuesto nacional; el último plazo se pagó en 1947. Los haitianos tuvieron así que pagar a sus opresores originales tres veces: el trabajo gratuito de los esclavos, la compensación por haber privado a los franceses de esos esclavos, más los intereses por la demora en el pago de esa compensación. Ningún otro factor desempeñó un papel tan importante en condenar a Haití a una deuda casi eterna, lo que a su vez «justificó» una larga y consuntiva serie de apropiaciones-mediante-cañoneras.

La más cargada de consecuencias de esas intervenciones extranjeras fue la desencadenada por Woodrow Wilson en 1915, como derivación de la ofensiva contra la revolución mexicana. La ocupación estadounidense

⁹ Carolyn FICK, *The Making of Haiti: the Saint Domingue revolution from below*, Knoxville, 1990, p. 249; WORLD BANK, *Haiti: The Challenges of Poverty Reduction*, agosto de 1998, p. 4.

duró casi veinte años, y entre 1916 y 1924 se amplió a una incursión paralela en la República Dominicana. Los militares estadounidenses procedieron a instituir en Haití una temprana versión de los programas de ajuste estructural: abolieron la cláusula de la Constitución que impedía a los extranjeros comprar tierras, se apoderaron del Banco Nacional, reorganizaron la economía para asegurar pagos más «fiables» de la deuda exterior, expropiaron tierras para crear sus propias plantaciones y entrenaron a una brutal fuerza militar que sólo ha intervenido desde entonces en guerras contra el propio pueblo haitiano. Las rebeliones —como la de Charlemagne Peralte en el norte durante los primeros años de la ocupación o la oleada de huelgas de 1929— fueron salvajemente reprimidas. Cuando se retiraron finalmente en 1934, las tropas de Estados Unidos habían conseguido aplastar la resistencia campesina frente a su ingeniería socioeconómica, con un balance situado entre 5.000 y 15.000 víctimas.

El ejército creado por Estados Unidos se convirtió en el poder dominante tras la partida de los marines, manteniendo bajo su control tanto a la población como a los políticos; lo más corriente es que el presidente fuera un general. Para contrarrestar esa fuerza el ex médico François Duvalier organizó su propia milicia asesina, los Tonton Macoutes, tras ganar las elecciones presidenciales de 1957 que sucedieron al régimen militar anterior. Durante los siguientes catorce años, mientras *Papá Doc* se declaraba encarnación divina de la nación haitiana, los 10.000 Tonton Macoutes se dedicaron a aterrorizar a cualquier opositor a su gobierno. Estados Unidos, aunque en un primer momento receló de su nacionalismo *vaudouiste*, pronto se convirtió en valedor del régimen encarnizadamente anticomunista de Duvalier. Cuando éste murió en 1971, su hijo Jean-François, *Baby Doc*, fue proclamado presidente vitalicio, con un apoyo estadounidense aún más entusiasta. La ayuda extranjera y la corrupción del régimen se dispararon, mientras las masas haitianas seguían hundidas en la pobreza y la opresión política.

Un torrente de asambleas

A mediados de la década de 1980 una nueva generación maduraba en los suburbios chabolistas de Puerto Príncipe, abierta al llamamiento de la teología de la liberación proclamado en los sermones en *kreyòl* de curas radicales como Jean-Bertrand Aristide. Nacido en 1953, éste tenía muy poco que ver con la clase política haitiana tradicional. Lingüista de talento, destacó en el seminario salesiano y estudió psicología y filosofía en la universidad del Estado durante la década de 1970, además de las obras de Leonardo Boff y otros teólogos de la liberación. Comenzó a emitir un programa en las emisoras de radio católicas que proliferaron a finales de la década, antes de ser enviado por su orden a estudiar arqueología en Oriente Próximo en 1979, y luego a Montreal para una «reprogramación teológica» (fracasada)¹⁰.

¹⁰ Mark DANNER, «Haiti on the Verge», *New York Review of Books*, 4 de noviembre de 1993.

En 1985 estaba de nuevo predicando en Haití cuando la crecida popular contra el régimen de Baby Doc se convirtió en una oleada masiva de protestas. El sermón de Pascua de aquel año de Aristide —«El camino de los haitianos que rechazan el régimen es el camino de la justicia y el amor»— fue grabado en centenares de casetes y oído en todo el país. Su grito, «Va-t'en, Satan!», fue recogido por el movimiento de masas que en febrero de 1986 expulsó a Baby Doc al exilio en Francia, pocas semanas antes de que Marcos, bajo una presión similar, tuviera que abandonar Filipinas. La represión asesina de la junta que tomó el poder, bajo el mando del general Namphy, no pudo contener el torrente —*lavalas*, en *kreyòl*— de grupos políticos, sindicatos, organizaciones de masas, asociaciones campesinas y grupos comunales de la «pequeña iglesia», la *ti legliz*. Aristide predicaba ahora a tiempo completo en la iglesia de San Juan Bosco, en la barriada de chabolas La Saline de Puerto Príncipe. Las elecciones previstas para noviembre de 1987 fueron suspendidas por el ejército el día de la votación, aprovechando la ocasión para asesinar a docenas de votantes cuando esperaban la apertura de las urnas. En septiembre de 1988 los *macoutes* asaltaron la atestada iglesia de Aristide, mataron a varios miembros de la congregación y destruyeron el edificio; Aristide fue puesto a salvo por sus seguidores. En las protestas que se produjeron a continuación los soldados se rebelaron contra sus oficiales y derrocaron a Namphy, pero un contragolpe del general Avril llevó a la cárcel a los dirigentes de los *ti soldats*. En el otoño de 1989 se produjeron más huelgas y movilizaciones de masas contra el régimen de Avril, y a pesar de su respuesta sangrienta fue también derrocado por nuevas protestas en marzo de 1990.

La primera victoria de Lavalas

En diciembre de 1990 Aristide se presentó como candidato presidencial por el Front National pour le Changement et la Démocratie, una coalición de organizaciones populares constituida para participar en las primeras elecciones libres en Haití. Aristide obtuvo una arrolladora e inesperada victoria en la primera vuelta, con el 67 por 100 de los votos (el candidato favorito de Estados Unidos, economista del Banco Mundial y antiguo ministro de Duvalier, Marc Bazin, sólo consiguió el 14 por 100). La elite haitiana se apresuró a desestabilizarlo con un primer intento de golpe cuando sólo había pasado un mes desde su elección, bloqueado por una masiva movilización en su favor. El margen de maniobra de Aristide estaba muy limitado por la minoría del FNCD en el Parlamento, el desvencijado aparato estatal y judicial y las continuas depredaciones de los *macoutes*, a los que sólo mantenía a raya la amenaza de resistencia popular de los barrios chabolistas; por otra parte, sus dones como líder de masas no estaban al mismo nivel en lo que se refiere a lograr una coalición parlamentaria o a manejar las palancas del Estado. Una vez en el poder, Aristide procedió con precaución, mientras seguía hablando de una redistribución radical de la riqueza. Consiguió el apoyo de las entidades crediticias internacionales al equilibrar el presupuesto y reducir la

burocracia corrupta. Por lo demás se limitó a tímidas reformas agrarias y educativas y al nombramiento de una comisión presidencial para investigar los asesinatos extrajudiciales de los cinco años anteriores.

Pero incluso esas iniciativas tan moderadas eran demasiado para la elite. En septiembre de 1991, siete meses después de su proclamación como presidente, el ejército volvió a tomar el poder instalando una nueva junta presidida por el general Cédras, que durante los tres años siguientes ejerció un régimen de terror con la pretensión de dismantelar las redes de Lavalas en los suburbios; alrededor de 5.000 seguidores de Lavalas fueron muertos, las iglesias y organizaciones comunales asaltadas, los predicadores y líderes asesinados. En septiembre de 1993 unos matones dirigidos por Louis Jodel Chamblain, entrenado por la CIA, asesinaron a Antoine Izméry, activista demócrata y aliado clave de Aristide. En abril de 1994 paramilitares bajo el mando de Jean Tatoune, otro peón de la CIA, asesinaron a docenas de civiles en lo que se conoció como la masacre de Raboteau, en la ciudad de Gonaïves.

Al mismo tiempo, el embargo económico (lleno de excepciones) impuesto contra el régimen de Cédras provocó una desnutrición generalizada. Miles de emigrantes huyeron a Estados Unidos. Aristide, exiliado en Washington, trató del obtener apoyo diplomático, pero el primer presidente Bush, hostil a su agenda y escarmentado por el reciente asunto Irán-contras, prefirió hacer oídos sordos. Clinton, confiado en que «la misión [era] realizable y limitada», se mostró más receptivo. El éxito militar en Haití contribuiría a reparar el escándalo de Somalia, y el regreso de Aristide pondría freno a la marea de refugiados. Las condiciones estadounidenses eran, empero, exorbitantes. Aristide tuvo que aceptar una amnistía para los golpistas, perdonando el asesinato de miles de seguidores suyos; tuvo que comprometerse a finalizar su mandato presidencial en 1995, como si lo hubiera completado; tuvo que compartir el poder con los opositores que había derrotado tan arrolladoramente en 1990 y adoptar gran parte de su programa conservador; en particular, se le exigió que pusiera en práctica un drástico programa de ajuste estructural del FMI.

Aristide era del todo consciente, por supuesto, del coste político del ajuste estructural; su libro más reciente sobre las consecuencias opresivas de la globalización es en general coherente con sus prédicas de finales de la década de 1980¹¹. La cuestión que comenzó a dividir el movimiento Lavalas a mediados de la década de 1990 era, simplemente, qué tipo de resistencia se podía oponer a los objetivos de Estados Unidos y del FMI. Ni siquiera alguien tan crítico hacia el «giro dictatorial» de Aristide como Christophe Wargny creía que «ningún gobierno pudiera sobrevivir sin el apoyo de Estados Unidos»¹². Como explicó claramente el enviado de la ONU Lakhdar Brahimi —actualmente tan

¹¹ Jean-Bertrand ARISTIDE, *Eyes of the Heart: Seeking a Path for the Poor in the Age of Globalization*, Monroe (ME), 2000.

¹² Christophe WARGNY, *Le Monde*, 23 de febrero de 2004; y *Haiti n'existe pas*, París 2004.

ocupado en Bagdad— en la radio haitiana en 1996, ni Estados Unidos ni la ONU tolerarían intentos de acabar con el monopolio que mantenía la elite sobre el poder económico¹³. En semejantes circunstancias el nuevo gobierno de Aristide constató que tenía muy poco margen de maniobra, y si bien alcanzó el 87 por 100 de los votos en las elecciones presidenciales de 1995, aunque con una participación más escasa, el sucesor de Aristide, René Préval, se encontró en una situación aún más difícil.

Los intentos del primer ministro de Préval, Rosny Smarth, de convertir en leyes el impopular programa del FMI facturaron definitivamente la coalición Lavalas, tanto en el Parlamento como en el conjunto del país. Los políticos más favorables a las prioridades de Washington y más críticos hacia lo que condenaban como estilo dictatorial de Aristide se unieron bajo el liderazgo de su rival Gérard Pierre-Charles para constituir una facción más «moderada», que recibió finalmente el nombre de Organisation du Peuple en Lutte. Desde finales de 1996 Aristide comenzó a organizar un partido más sólido de sus propios seguidores, Fanmi [familia] Lavalas, recurriendo a su autoridad personal entre los pobres haitianos. La escisión entre la OPL y la FL se hizo pronto irreversible, paralizando el Parlamento y bloqueando el nombramiento de un nuevo primer ministro y un nuevo gobierno tras la dimisión de Smarth en 1997¹⁴. Préval salió por fin del punto muerto parlamentario disolviendo la Asamblea Nacional en 1999, y poco tiempo después, en mayo de 2000, se celebraron nuevas elecciones.

La globalización llega a Haití

Como cabía esperar, las recetas del FMI para la desesperada pobreza de Haití suponían nuevos recortes en unos salarios que ya se habían hundido a niveles de hambre, la privatización del sector público, la reorientación de la producción doméstica hacia cultivos populares en los supermercados estadounidenses y la eliminación de aranceles a las importaciones. Fue esta última medida, la más fácil de poner en práctica, la que tuvo un efecto más inmediato. Cuando los aranceles a la importación de arroz bajaron del 50 por 100 al 3 por 100 decretado por el FMI, Haití —que hasta entonces era autosuficiente en ese alimento— se vio inundado de arroz estadounidense subvencionado, y las importaciones de arroz aumentaron de unas 7.000 toneladas en 1985 a 220.000 toneladas en 2002. La producción doméstica de arroz ha desaparecido prácticamente¹⁵. Una sucesión de medidas similares eliminó las granjas avícolas, con un coste de alrededor de 10.000 empleos. Los granjeros haitianos suelen asociar esos acontecimientos con la más amargamente sentida de las muchas intervenciones

¹³ La elite, explicaba Brahimi, tenía que «saber dos cosas: que los cambios políticos son inevitables, pero que en los frentes ideológico y económico cuentan con la simpatía del capitalismo del Gran Hermano». Citado en *Haiti Briefing* 25, septiembre de 1997.

¹⁴ Véase Kim IVES en *Haiti Progrès*, 12 de marzo de 2003 y 27 de noviembre de 2002.

¹⁵ OXFAM, *Trade Blues*, mayo de 2002.

agresivas de la comunidad internacional en su economía doméstica, el exterminio en 1982 de toda la cabaña de cerdos haitiana, para aquietar los temores de los importadores estadounidenses preocupados por un brote de fiebre porcina, y su subsiguiente sustitución por animales de Iowa que precisaban condiciones de vida bastante mejores que las disfrutadas por la mayoría de la población humana de la isla.

Como consecuencia de esas y otras «reformas» económicas, la producción agrícola descendió de alrededor del 50 por 100 del PIB a finales de la década de 1970 a sólo el 25 por 100 a finales de la de 1990. Se suponía que el ajuste estructural iba a compensar el colapso agrícola con una expansión del sector de la industria ligera y el montaje. Los salarios más bajos del hemisferio, respaldados por una prohibición en la práctica de los sindicatos, habían animado a empresas o contratistas principalmente estadounidenses a emplear a unas 60.000 personas en ese sector a finales de la década de 1970, y hasta mediados de la de 1990 empresas como Kmart o Disney seguían pagando a los haitianos alrededor de 11 centavos por hora para fabricar pijamas y camisetas¹⁶, beneficiándose de exenciones fiscales durante más de quince años, pudiendo repatriar todos sus beneficios y sin más obligaciones que mínimas inversiones en instalaciones e infraestructuras¹⁷. En 1999 los haitianos lo bastante afortunados como para trabajar en el pequeño sector de fabricación y montaje del país ganaban salarios estimados en menos del 20 por 100 de los niveles de 1981; aun así, tasas explotación aún más dramáticas alentaron a muchas empresas a reubicar su producción en lugares como China y Bangladesh, y a finales del milenio sólo había unas 20.000 personas empleadas en condiciones de superexplotación de Puerto Príncipe. Se estima que el PIB real per cápita de 1999-2000 estaba «sustancialmente por debajo» del nivel de 1990¹⁸.

Sería un error creer que esas reformas se pusieron en práctica con un celo parecido al de la Tercera Vía [británica]. Por el contrario, el gobierno de Lavalas era constantemente criticado por su «falta de vigor» por las instituciones financieras internacionales. «La política impuesta como condición por las instituciones crediticias internacionales ha sido apoyada con muy poco entusiasmo por las autoridades domésticas, y en los peores casos se ha visto violentamente rechazada por la población»¹⁹. Sintiéndose entre la espada en la pared, Lavalas recurrió a lo que James Scott ha denominado con mucho eco «las armas de los débiles»: una combinación de prevaricación y falta de cooperación, con un relativo éxito en la elusión de al menos uno de los principales impactos del ajuste estructural, la privatización de los pocos bienes públicos que le quedaban a Haití. Lavalas tenía buenas

¹⁶ NATIONAL LABOR COMMITTEE, *The US in Haiti: How to Get Rich on 11 Cents an Hour*, Nueva York, 1996, y NLC, *Why is Disney Lying?*, Nueva York, 2004; véase también Ray LAFOREST en *Haiti Progrès*, 13 de agosto de 1997.

¹⁷ Charles ARTHUR, *Haiti in Focus*, Londres, 2002, p. 51.

¹⁸ ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT, *Haiti: Country Profile 2003*, pp. 24, 19.

¹⁹ *Ibid.*, p. 17.

razones para mostrarse renuente. Cuando en 1987 se privatizó la fábrica de azúcar hasta entonces estatal, por ejemplo, la compró una sola familia que pronto la cerró, despidió a su personal y comenzó a importar azúcar más barato de Estados Unidos y a venderlo a precios inferiores a los del mercado doméstico. Haití, que había sido uno de los exportadores de azúcar más rentables, importaba en 1995 25.000 toneladas de azúcar estadounidense y la mayoría de los campesinos no podía ya comprarlo²⁰. En septiembre de 1995 Aristide destituyó a su primer ministro por disponerse a vender las fábricas de harina y cemento del Estado sin insistir en ninguna de las cláusulas progresivas que el FMI se había comprometido a respetar: abrir la venta a la participación de la clase media y de la diáspora, y asegurar que parte del dinero obtenido se destinaría a la alfabetización, enseñanza y compensación a las víctimas del golpe de 1991; pero sólo pudo demorar el proceso dos años, y en 1997 la fábrica de harina fue vendida por 9 millones de dólares, en un momento en que sus beneficios anuales se estimaban en unos 25 millones de dólares al año²¹.

Sin embargo, el gobierno de Lavalas nunca se plegó a la presión estadounidense para que privatizara sus instalaciones públicas. Al mismo tiempo, aun con recursos drásticamente limitados, impulsó la creación de más escuelas que en los 190 años anteriores. Imprimió millones de folletos de alfabetización y estableció cientos de centros con ese fin, ofreciendo clases a más de 300.000 personas; entre 1990 y 2002 el analfabetismo cayó del 61 al 48 por 100. Con ayuda cubana se construyó una nueva escuela médica y se detuvo el ascenso de la tasa de infección por el VIH –legado del turismo sexual de las décadas de 1970 y 1980–, al tiempo que se iniciaban programas clínicos y de formación como parte de una campaña pública cada vez más intensa contra el sida. Se tomaron medidas para limitar la explotación generalizada de los niños. El gobierno de Aristide elevó los tipos impositivos para la elite, y en 2003 anunció la duplicación de un salario mínimo desesperadamente insuficiente²².

La oposición a Aristide

La actitud del gobierno le creó enemigos tanto a la derecha como la izquierda. Como era de esperar, Aristide se vio sometido al fuego de quienes defendían una cooperación más entusiasta con Estados Unidos y el FMI, entre ellos los primeros ministros Smarck Michel (1994-1995) y Rosny Smarth (1996-1997) (muy impopulares), así como de otros miembros de la OPL. Desde el primer momento, la simple presencia de Lavalas en el

²⁰ Lisa McGOWAN, *Democracy Undermined, Economic Justice Denied: Structural Adjustment and the Aid Juggernaut in Haiti*, Washington DC, 1997.

²¹ Jean-Bertrand Aristide, *Eyes of the Heart: Seeking a Path for the Poor in the Age of Globalization*, cit., pp. 31, 15.

²² Para un resumen de esas medidas, véase en particular el folleto del HAITI ACTION COMMITTEE, *Hidden from the Headlines: The US War Against Haiti*, de 2003.

gobierno había aterrorizado a gran parte de la clase dominante. Como explicaba Robert Fatton, «entre la elite haitiana, el odio hacia Aristide era absolutamente increíble, una auténtica obsesión».²³ Por el contrario, desde que Lavalas estaba en el poder muchos observadores apreciaban una «nueva confianza entre los pobres de Haití».²⁴ Por primera vez desde hacía mucho tiempo la distribución de la propiedad privada parecía vulnerable, cuando se produjeron casos ocasionales de invasión de tierras y ocupación de casas sin que el gobierno interviniera. Aristide, aunque en la práctica tendía a cooperar con los líderes de los negocios y las instituciones internacionales, también parecía querer reforzar su influencia en el gobierno con veladas amenazas de violencia popular contra los «ladrones burgueses»²⁵. Como señala Fatton, «el pánico se apoderó de la clase dominante». «Sentía terror al ver demasiado cerca a *la populace*, y se amuralló para defenderse de Lavalas».²⁶ Se multiplicaron las verjas y muros en torno a las viviendas de los ricos y la seguridad privada se convirtió en uno de los sectores económicos con un crecimiento más rápido. La simpatía de clase entre las elites occidentales que se sienten también bajo una amenaza similar, tanto en su propio país como en el extranjero, explica en gran medida la campaña internacional contra el régimen de Lavalas.

Muchos de los intelectuales extranjeros o exiliados que en otro tiempo lo habían apoyado –René Depestre, James Morrell, Christophe Wargny– comenzaron a sentirse cada vez más desilusionados por el «populismo demagógico» de Aristide²⁷ y, lo que es más importante, algunas de las organizaciones campesinas más significativas, entre ellas el Movman Peyizan Papay (MPP), Tèt Kole Ti Peyizan y KOZEPEP, así como el pequeño grupo militante Batay Ouvriye, criticaron a Fanmi Lavalas por su cooperación con el ajuste estructural y lo acusaron de *anti-populaire*. Clément François, de Tèt Kole, representaba a muchos críticos de Lavalas al argumentar que Aristide no debería haber aceptado las condiciones estadounidenses que le permitieron regresar del exilio: «Debería haber permanecido fuera y dejarnos proseguir la lucha por la democracia; por el contrario, estuvo de acuerdo en entregar el país en bandeja de plata con tal de poder volver a la presidencia»²⁸. El dirigente del MPP Chavannes Jean-Baptiste le hizo el mismo reproche en 1994, poco antes de entrar en una amarga disputa personal con Aristide.

²³ Robert Fatton, citado en Marty LOGAN, «Class Hatred and the Hijacking of Aristide», *Inter Press Service News Agency*, 16 de marzo de 2004.

²⁴ David NICHOLLS, *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour, and National Independence in Haiti*, New Brunswick (NJ), 1996.

²⁵ Sobre la combinación que hacía Aristide de retórica revolucionaria y práctica constitucional véanse Mark DANNER, «The Fall of the Prophet», *New York Review of Books*, 2 de diciembre de 1993, y Alex DUPUY, *Haiti in the New World Order: The Limits of the Democratic Revolution*, Boulder (CO), 1997, pp. 128-129.

²⁶ Robert FATTON, *Haiti's Predatory Republic: The Unending Transition to Democracy*, Boulder (CO), 1997, pp. 86-87.

²⁷ Tracy KIDDER, «Trials of Haiti», *The Nation*, 27 de octubre de 2003.

²⁸ Clément François, citado en «Behind Aristide's Fall», *Socialist Worker*, 12 de marzo de 2004, p. 6.

Es difícil medir la verdadera extensión del descontento popular hacia Lavalas. En general, a los comentaristas extranjeros le resulta «difícil creer la fuerza emocional que Aristide suscitaba y sigue suscitando en Haití»²⁹. Tèt Kole y el MPP resultaron ciertamente debilitados por su oposición a Aristide, y ni uno ni otro sigue siendo una fuerza política significativa. A finales de la década de 1990 Jean-Baptiste se alió con la pro-estadounidense OPL de Pierre-Charles, antes de unirse en 2000 a la Convergence Démocratique, abiertamente reaccionaria; la militancia de sus seguidores se ha ido enfriando, como indica Stan Goff, «por el continuo chorreo de dólares que afluye por el canal de la lista casi interminable de organizaciones no gubernamentales que infesta todos los rincones de Haití»³⁰. La propia OPL es probablemente el partido que más se parece a la alternativa «cívica» tan cara a los comentaristas liberales, pero tras años de fútiles maniobras parlamentarias fue prácticamente barrida en las elecciones de 2000³¹.

Así pues, pese a sus innegables defectos, Fanmi Lavalas seguía siendo la única fuerza significativa capaz de encabezar movilizaciones populares en el país. Ninguna otra figura política ha tenido durante los últimos cincuenta años una influencia parecida a la de Aristide entre los pobres rurales y urbanos. El corresponsal de la BBC, informando desde Puerto Príncipe en marzo de 2004, se vio obligado a reconocer que, aunque Aristide era «universalmente detestado» por la elite rica, seguía siendo casi universalmente apoyado por la gran mayoría de los pobres urbanos³². El médico y activista Paul Farmer, que ha trabajado en la meseta central de Haití desde mediados de la década de 1980, asegura que la popularidad de Aristide en el campo es aún mayor³³. La única manifestación de importancia contra él durante las últimas elecciones fue una concentración del MPP en septiembre de 2000 en la que se reunieron varios miles de personas; por lo demás, la oposición política a Aristide se limitaba casi por completo a las filas de la clase dominante³⁴, a la que le resultaba difícil obtener apoyo en las calles. Un informe de la Economist Intelligence Unit describía así la protesta contra Aristide en noviembre de 2003 organizada por el Grupo de los 184, que asegura representar a un amplio abanico de organizaciones de la sociedad civil:

Durante la mañana de la concentración unos pocos cientos de seguidores del Grupo de los 184 se habían reunido en el lugar señalado, pero se vieron desbordados por más de 8.000 seguidores de Aristide. Cuando algunos de éstos arrojaron piedras y lanzaron amenazas contra sus oponentes, la policía trató

²⁹ Charles Arthur, *Haiti in Focus*, cit., p. 60; cf. Paul Farmer, *The Uses of Haiti*, Monroe (ME), 2003, pp. 113-114.

³⁰ Stan Goff, «A Brief Account of Haiti», noticias en la BRC de octubre de 1999; cf. S. Goff, *Hideous Dream: A Soldier's Memoir of the US Invasion of Haiti*, Nueva York, 2000.

³¹ Ch. Wargny, «Haiti's Last Chance», *Le Monde Diplomatique*, julio de 2000.

³² Daniel Lak, «Poverty and pride in Port-au-Prince», BBC Radio 4, 20 de marzo de 2004.

³³ Paul Farmer, *Uses of Haiti*, cit., pp. 348-375; P. Farmer, «Who Removed Aristide?», *London Review of Books*, 15 de abril de 2004.

³⁴ Véase Béatrice Pouligny, *Libération*, 13 de febrero de 2001; Robert Fatton, *Haiti's Predatory Republic*, cit., pp. 144-147, 169 nota 40.

de mantener el orden y, al deteriorarse rápidamente la situación, dispersó a la multitud utilizando gases lacrimógenos y disparando al aire. Entretanto, el remolque del Grupo de los 184 que transportaba los altavoces fue interceptado por la policía cuando se dirigía a la concentración, y treinta personas que viajaban en él fueron detenidas cuando la policía descubrió que portaban armas de fuego sin licencia. Claramente incapacitados para proceder como habían planeado, los organizadores del Grupo de los 184 desconvocaron la concentración antes de que comenzara. [...] André Apaid [el coordinador del grupo] dijo que lo sucedido demostraba que las autoridades no permitirían que los opositores se reunieran y que las elecciones no iban a ser libres.

El informe no mencionaba que André Apaid es un hombre de negocios internacional propietario de varias fábricas en Haití, fundador de la emisora de televisión comercial más influyente del país y figura muy destacada de una campaña realizada en 2003 destinada a bloquear la decisión de Aristide de duplicar el salario mínimo, aunque sí señalaba:

El número existentes de asistentes a la concentración fue más bajo de lo que cabía esperar de la declaración del Grupo de los 184 de contar con más de 300 organizaciones entre sus filas; apenas fue capaz de reunir ese número de manifestantes. La presencia en la concentración de muchos miembros del sector más rico de la sociedad reforzó la impresión de que el Grupo de los 184, pese a sus afirmaciones de representar a la sociedad civil, es una organización con escaso apoyo popular, lo que se vio confirmado por el fracaso de una «huelga general» convocada por el grupo el 17 de noviembre. Aunque muchos negocios privados de Puerto Príncipe, incluidas las escuelas privadas y los bancos, no abrieron, los bancos del Estado, las oficinas gubernamentales y el transporte público, así como los mercados callejeros, funcionaron normalmente. En el resto del país la convocatoria fue ampliamente ignorada³⁵.

El viraje de mayo de 2000

Pese a su abrumador apoyo popular, ni Préval ni Aristide, en el tiempo que ocupó la presidencia en 1991 o en 1994-1995, contaron con el pleno apoyo del Parlamento a su gobierno. Pero en las decisivas elecciones parlamentarias y locales de mayo de 2000 Fanmi Lavalas obtuvo la mayoría a todos los niveles de gobierno, con 89 de los 115 alcaldes, 72 de los 83 escaños en la Cámara de Diputados y 18 de los 19 puestos del Senado³⁶. Las elecciones de 1995 habían «desacreditado absolutamente a los partidos políticos tradicionales y especialmente a los que colaboraron con el régimen militar entre 1991 y 1994», privándolos de cualquier papel en la política electoral³⁷. En mayo de 2000 los miembros de la coalición Lavalas original que se habían

³⁵ ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT, *Country Report January 2004: Dominican Republic, Haiti*, pp. 40-41.

³⁶ La Asamblea Nacional, según la Constitución de 1987, está formada por una Cámara de Diputados con 83 escaños, directamente elegida en los municipios, y un Senado con 3 senadores por cada una de las 9 provincias.

³⁷ Alex Dupuy, *Haiti in the New World Order: The Limits of the Democratic Revolution*, cit., p. 172.

rebelado contra Aristide sufrieron el mismo destino. Para la oposición anti-Aristide, las elecciones demostraron que no había posibilidad de derrotar en las urnas al Fanmi Lavalas en un futuro previsible.

Fue en ese momento cuando la campaña para desacreditar al gobierno de Lavalas entró en una fase nueva y más intensa. Durante el verano de 2000 la mayoría de los opositores a Aristide –disidentes como la OPL de Pierre-Charles y el MPP de Jean-Baptiste, junto con evangelistas de extrema derecha, hombres de negocios y ex duvalieristas– se unió para formar la *Convergence Démocratique*. Desde el primer momento, el principal objetivo de CD era la *Option Zéro*: la anulación de las elecciones de 2000 y la proscripción de Aristide como candidato para cualquier futura elección³⁸. A fin de que esa estrategia pareciera compatible con las apariencias democráticas, el CD tendría primero que redoblar sus esfuerzos para presentar al Fanmi Lavalas como impenitentemente antidemocrático, autoritario, violento y corrupto, acusaciones ya familiares en la propaganda que acompañó al golpe de Cédras en 1991³⁹.

La primera prioridad era arrojar dudas sobre la legitimidad de la victoria electoral de FL. El pretexto fueron algunas quejas de tipo técnico realizadas por observadores de la OEA, aunque ésta había descrito las elecciones de mayo de 2000 como «un gran éxito para la población haitiana, que acudió en gran número y ordenadamente a elegir a sus gobiernos locales y nacional. Se estima que el 60 por 100 de los votantes registrados acudió a las urnas», y se constataron «muy pocos» incidentes de violencia o fraude. Hasta el Centre for International Policy, impenitentemente anti-FL, reconoció que las elecciones de mayo de 2000 habían sido las «mejores hasta el momento» en Haití⁴⁰. La OEA denunció posteriormente las elec-

³⁸ Entre junio de 2001 y febrero de 2004, CD rechazó todas las ofertas de nuevas elecciones hasta el intento final de una resolución pacífica del conflicto, una propuesta patrocinada por CARICOM y aprobada por la OEA a mediados de febrero de 2004, por la que Aristide aceptaría a uno de sus opositores como primer ministro, convocaría nuevas elecciones legislativas y se mantendría hasta la conclusión de su mandato con poderes muy limitados. Aristide aceptó inmediatamente el trato, como lo hicieron Francia y Estados Unidos, pero CD lo rechazó también de inmediato arreglándoselas para «persuadir» a sus patronos imperiales de que siguieran su ejemplo y dejando a Aristide como únicas opciones el exilio o la guerra civil.

³⁹ Sobre 1991, véanse los influyentes artículos del corresponsal de *The New York Times*, Howard FRENCH, por ejemplo «Aristide's Autocratic Ways Ended Haiti's Embrace of Democracy», *The New York Times*, 22 de octubre de 1991. En muchos sentidos, los artículos de French parecen borradores o bosquejos para ataques más recientes, como la diatriba de Andrew GUMBEL «The Little Priest Who Became a Bloody Dictator Like the One He Once Despised», *The Independent*, 21 de febrero de 2004; Lyonel TROUILLOT, «In Haiti, All the Bridges Are Burned», *The New York Times*, 26 de febrero de 2004; Peter DAILEY, «Fall of the House of Aristide», *New York Review of Books*, 13 de marzo de 2003. Kim IVES refutó punto por punto este último artículo en *Haiti Progrès*, 12 de marzo de 2003.

⁴⁰ Informe Final de la Misión de la OEA a Haití, 13 de diciembre de 2000, p. 2. Un informe más sustancioso de la International Coalition of Observers concluía, parecidamente, que las elecciones de 2000 fueron «limpias y pacíficas»: Melinda MILES y Moira FEENEY, *Elections 2000: Participatory Democracy in Haiti*, febrero de 2001. Véase también Henry CAREY, «Not Perfect, But Improving», *Miami Herald*, 12 de junio de 2000.

ciones como «fraudulentas», no porque descreyera de la limpieza del voto o de la abrumadora claridad de su resultado, sino porque, aun aceptando la victoria de Lavalas, objetaba la metodología con la que el Consejo Electoral Provisional de Haití (CEP) contó los votos para ocho de los diecinueve escaños del Senado. En lugar de incluir a todos los candidatos en su cálculo de los porcentajes de voto, el CEP —al que la Constitución de Haití señala como árbitro único y final en todas las cuestiones electorales— decidió contar únicamente los votos obtenidos por los cuatro candidatos más votados en cada circunscripción. Con ese método los candidatos de Lavalas obtuvieron 16 puestos senatoriales en la primera vuelta, con un porcentaje medio del 74 por 100 de los votos⁴¹.

La OEA había estado profundamente implicada en el desarrollo de esa forma de cálculo, y no hay razones para creer que el equilibrio de poder en el Senado hubiera sido diferente, se utilizara el método que se utilizara. Los resultados son coherentes tanto con los registrados en la votación para la Cámara de Diputados realizada en aquel mismo momento como con una encuesta Gallup encargada por Estados Unidos y realizada en octubre de 2000. En noviembre de 2000 Aristide ganó las elecciones presidenciales con el 92 por 100 de los votos expresados, con una participación estimada por los pocos observadores internacionales que quedaban en el país en torno al 50 por 100 (aunque mucho más baja según la oposición).

Estrangulando la ayuda

La respuesta inmediata del gobierno de Clinton consistió en aprovechar la objeción de la OEA a los cálculos para los escaños senatoriales como justificación para un paralizante embargo de la ayuda exterior, aparentando unos escrúpulos democráticos escasamente compatibles con el apoyo de Washington a la dictadura de Duvalier y a las juntas que le sucedieron. En abril de 2001, tras interrumpir su propia ayuda al gobierno haitiano, Estados Unidos bloqueó la entrega de 145 millones de dólares en préstamos previamente acordados por el Banco de Desarrollo Interamericano, y de otros 470 millones de dólares previstos para los años siguientes. En 1995 el gobierno haitiano recibió cerca de 600 millones de dólares en ayudas. En 2003 el presupuesto total del gobierno se vio reducido a unos 300 millones de dólares —menos de 40 dólares por cabeza por

⁴¹ *Haiti Progrès*, 31 de mayo de 2000. En la provincia del Nordeste, por señalar uno de los ejemplos menos favorables a Lavalas, hubo 132.613 votos para dos puestos en el Senado. Contando los votos de todos los candidatos se habrían necesitado 33.154 votos para obtener un escaño en la primera vuelta; contando sólo los cuatro candidatos más votados, los candidatos de FL —que obtuvieron 32.969 y 30.726 votos respectivamente, mientras que sus rivales más cercanos no llegaban a los 16.000— pasaron con mayorías confortables. La presidencia del CEP mantenía que ese método era acorde con la práctica tradicional (*Haiti Progrès*, 28 de junio de 2000), algo que pusieron en duda el Departamento de Estado estadounidense y los adversarios de FL: James MORRELL, «Snatching Defeat from the Jaws of Victory», Centre for International Policy, agosto de 2000.

cada uno de los 8 millones de haitianos–, a lo que hay que sustraer el pago anual de 60 millones de dólares de la deuda nacional (el 45 por 100 de la cual fue contraída por las dictaduras de los Duvalier)⁴². La respuesta del FMI y otras instituciones internacionales de crédito fue obligar a Haití a realizar recortes aún más profundos en su presupuesto y a pagar sumas aún más altas por la mora en la que había incurrido.

Pocos gobiernos podrían haber sobrevivido bajo una asalto financiero semejante. El efecto combinado de esas medidas fue aplastar una economía ya agónica. El PIB de Haití cayó de 4.000 millones de dólares en 1999 a 2,9 millones en 2003. Aunque las exportaciones estadounidenses a Haití han aumentado sustancialmente en los últimos años, la mayoría de los haitianos viven ahora al borde del hambre, sin acceso al agua ni a medicinas; los ingresos medios equivalen a poco más de 1 dólar diario y el desempleo ronda el 70 por 100. En 2001 un Aristide en bancarrota aceptó prácticamente todas las concesiones exigidas por sus oponentes: obligó a los ganadores de los escaños disputados en el Senado a dimitir, aceptó la participación de varios ex duvalieristas en su nuevo gobierno, acordó constituir un CEP más favorable a la oposición y convocar nuevas elecciones legislativas varios años antes de lo previsto; pero Estados Unidos se negó a pesar de todo a levantar su embargo.

La siguiente prioridad de la campaña de CD fue presentar al gobierno de FL como básicamente autoritario y corrupto. Cierto es que esa acusación no es del todo infundada; el tráfico de drogas –Haití es desde hace tiempo una estación de paso para la cocaína colombiana que se dirige hacia el norte– se ha incrementado desde 1990. Como en otros países pobres el nepotismo es algo generalizado, aunque sea mucho menor que durante el periodo anterior⁴³. Más urgente de resolver es el legado de la violencia, que desde la era colonial hasta las dictaduras de los Duvalier, Namphy y Cédras ha dejado profundas heridas; el propio Aristide ha sobrevivido a varios intentos de asesinato. Los ataques contra Lavalas durante su primer exilio empujaron a algunos grupos, como Jeunesse Pouvoir Populaire y la Petite Communauté de L'Église de Saint Jean Bosco, a adoptar formas cuasi militares de autodefensa contra antiguos soldados licenciados pero no desarmados en 1995. Es cierto que bandas de vigilantes asociadas con Lavalas son responsables de parte de la violencia que ha tenido lugar en los últimos años, y los críticos de FL han equiparado rápidamente esas bandas con los Tonton Macoutes de Duvalier⁴⁴.

Desde una perspectiva comparada, no obstante, la violencia política durante las administraciones de Lavalas ha sido muy inferior a la de ante-

⁴² Anne STREET, *Haiti: A Nation in Crisis*, Catholic Institute for International Relations Briefing, Londres, 2004, p. 4.

⁴³ Janice STROMSEM y Joseph TRINCELLITO, «Building the Haitian National Police», *Haiti Papers* 6, Washington DC, abril de 2003.

⁴⁴ Jean-Claude JEAN y Marc MAESSCHALCK, *Transition politique en Haïti: radiographie du pouvoir Lavalas*, París, 1999, pp. 104-111.

rios regímenes haitianos. Los informes de Amnistía Internacional sobre el periodo 2000-2003 atribuyen un total de veinte a treinta asesinatos a la policía y seguidores de FL, muy por debajo de los 5.000 cometidos por la junta y sus seguidores en 1991-1994, por no hablar de los 50.000 que se suelen atribuir a las dictaduras de los Duvalier⁴⁵. El examen de la violencia de Lavalas parece sugerir también que se trata de hecho, en gran medida, de violencia de *bandas* armadas, que proliferan en Puerto Príncipe como en São Paulo, Lagos o Los Ángeles; su número ha crecido en los últimos años debido a la deportación a la isla de más de un millar de convictos haitianos y haitiano-estadounidenses procedentes del sistema penitenciario estadounidense. Por encima de todo hay que insistir en que la parte del león en la violencia reciente en Haití ha sido la perpetrada por fuerzas paramilitares entrenadas por Estados Unidos y organizadas por los opositores al régimen de Lavalas desde el verano de 2001.

Último asalto

Las constricciones económicas paralizaron la Administración de Lavalas y la presión política la arrinconó; pero en último término ha sido preciso recurrir a la coerción militar al viejo estilo del tipo «contra» para desalojarlo del poder. Las principales figuras de Convergence Démocratique no ocultaban sus intenciones desde el inicio del nuevo periodo presidencial de Aristide en febrero de 2001; pedían abiertamente otra invasión estadounidense, «esta vez para librarse definitivamente de Aristide y reconstruir el ejército haitiano disuelto», a falta de lo cual, según decían a *The Washington Post*, «la CIA debería entrenar y equipar a oficiales haitianos exiliados en la vecina República Dominicana de forma que pudieran preparar por sí mismos el regreso»⁴⁶. Estados Unidos, al parecer, ha seguido esas instrucciones al pie de la letra.

⁴⁵ En 2000, el informe de Amnistía Internacional señalaba que «varios candidatos electorales, miembros de partidos y sus parientes o familiares fueron asesinados, en su mayoría por asaltantes no identificados», entre ellos el valeroso locutor de radio de izquierda Jean Dominique. También hubo «varios informes de asesinatos perpetrados por la policía. La mayoría de las víctimas eran sospechosos de haber cometido crímenes». En 2001 otro periodista, Brignol Lindor, fue asesinado «por una turba de la que formaban parte miembros de una organización pro-FL», y Amnistía Internacional se refiere también a «varios supuestos criminales muertos por la policía o por multitudes que ejercían la “justicia popular”», pero identifica sólo a una víctima (Mac-kenson Fleurimon, «muerto el 11 de octubre por la policía en el barrio Cité Soleil de Puerto Príncipe»). En 2002 «al menos cinco personas fueron muertas» en confrontaciones entre miembros de partidos opuestos, y siete personas (tres de las cuales fueron identificadas como miembros de FL) parecen haber sido ejecutadas o «desaparecidas». Amnistía Internacional también menciona otros dos asesinatos en 2002: la muerte de Christophe Lozama, un juez de paz partidario del FL, y el asesinato del guardaespaldas de la viuda de Jean Dominique. Aunque todavía no se ha publicado su informe de 2004 (que cubrirá 2003), un resumen previo dado a conocer el 8 de octubre de 2003 se refiere a la creciente violencia registrada en choques entre opositores y seguidores del FL, señala dos seguidores muertos en confrontaciones políticas y menciona las afirmaciones del gobierno de que en Cité Soleil habían muerto otros. Todos esos informes se pueden consultar en www.amnesty.org. Véanse también Charles Arthur, *Haiti in Focus*, cit., p. 25; Patrick BELLEGARDE Smith, *Haiti: The Breached Citadel*, Boulder (CO), 1990, pp. 97-101.

⁴⁶ *The Washington Post*, 2 de febrero de 2001.

La insurgencia que acabó desencadenando el segundo golpe comenzó precisamente cuando parecía que la nueva Administración de Aristide podía hacer por fin algún progreso político. Poco después de las conversaciones mantenidas a mediados de julio de 2001 en el hotel Montana, Pierre-Charles, de la OPL, y otros líderes del CD reconocieron que estaban a punto de conseguir un «acuerdo total» con FL. Pero antes de que pasaran dos semanas, el 28 de julio, grupos de veteranos del ejército lanzaron varios ataques contra cuarteles de la policía a lo largo de la frontera con la República Dominicana, matando al menos a cinco oficiales. Lo que sucedió a continuación es típico del modelo que se mantuvo hasta completar la *Option Zéro* el 29 de febrero de 2004. El gobierno detuvo a 35 sospechosos de los ataques, entre ellos algunos seguidores del CD, que respondió, con la aprobación del embajador estadounidense, interrumpiendo las negociaciones con el FL, proclamando que Aristide había fingido los ataques para justificar el aplastamiento de sus oponentes. Una sucesión parecida de acontecimientos acompañó al siguiente incidente importante, un asalto a gran escala contra el palacio presidencial en diciembre de 2001⁴⁷.

Lo que de hecho comenzó a suceder en Haití en 2001, con otras palabras, era menos «una crisis de los derechos humanos» que una guerra de baja intensidad entre elementos de las antiguas fuerzas armadas y el gobierno elegido que las había disuelto. Los informes de Amnistía Internacional indican que un mínimo de veinte oficiales de policía o seguidores del FL fueron asesinados por veteranos del ejército en 2001, y otros veinticinco en nuevos ataques de los paramilitares en 2003, en su mayoría en la meseta central, cerca de la frontera dominicana controlada por Estados Unidos. La militarización de algunos grupos regionales del FL fue una consecuencia casi inevitable. La mayoría de los líderes conocidos de esa insurgencia habían sido entrenados por Estados Unidos, y aunque será difícil encontrar pruebas del apoyo directo de Washington a los «rebeldes», la complacencia de Estados Unidos ha quedado totalmente explícita a raíz de la expulsión de Aristide.

En otoño de 2003 las guerrillas con bases en la frontera (encabezadas por Louis Jodel Chamblain y Guy Philippe) se vieron reforzadas por una nueva insurgencia en el interior del propio Haití bajo el mando de Jean Tatoune. Pese a sus estrechas conexiones con Estados Unidos y a la convicción sobre su papel en la masacre de Raboteau en 1994, Tatoune consiguió orientar la banda conocida en Gonaïves como «ejército caníbal» contra Lavalas, tras difundir la improbable noticia de que Aristide estaba tras el asesinato, en septiembre 2003, del antiguo jefe de la banda, activista durante mucho tiempo de Lavalas, Amiot Métayer, quien también era —¡qué casualidad!— enemigo desde hacía mucho de Tatoune.

⁴⁷ Robert Fatton, *Haiti's Predatory Republic*, cit., pp. 184-185, 206-207.

Petición de devolución

En abril de 2003 Aristide, desesperadamente necesitado de dinero, intentó unir a sus conciudadanos en la petición de que, en el bicentenario de la independencia, Francia reembolsara los 90 millones de francos que Haití se había visto obligada a pagar entre 1825 y 1947 como compensación por la pérdida de las propiedades coloniales. Con un tipo de interés, relativamente bajo, del 5 por 100 anual, esa suma equivaldría a unos 21.000 millones de dólares estadounidenses. Como ha señalado Michael Dash, «Aristide consiguió un notable apoyo para esa demanda tanto dentro como fuera de Haití», en particular en África y América Latina⁴⁸. A diferencia de la mayoría de las demandas actualmente planteadas en relación con la esclavitud, la reivindicación haitiana se refiere a una cantidad de dinero precisa y documentada, extraída en dinero contante y sonante por la potencia colonial. Aunque muy rápidamente ironizó sobre la petición, el gobierno francés parecía claramente nervioso, y Chirac pronto recurrió a la amenaza: «Antes de presentar reivindicaciones de esa naturaleza –advirtió en el verano de 2003– no puedo sino insistir a las autoridades de Haití que deben ser muy cuidadosos con, ¿cómo decirlo?, la naturaleza de sus acciones y de su régimen»⁴⁹.

La comisión creada por el Ministerio de Asuntos Exteriores para diseñar una defensa más «filosófica» de la posición francesa concluyó, sin sorpresa para nadie, que aunque Haití había satisfecho «impecablemente» sus pagos a Francia no había «razones legales» para la petición de devolución. Con grandes aplausos de los medios franceses, el informe de la comisión describía la demanda como «propaganda agresiva» basada en una «contabilidad alucinada». Señalaba con cierta satisfacción que «ningún miembro de la oposición democrática a Aristide se toma en serio la petición de la devolución». Reconocía, no obstante, que la oposición y los paramilitares carecían de suficiente «fuerza movilizadora» para deshacerse de Aristide, y que los estadounidenses, aunque agobiados por consideraciones domésticas («balseros, Black Caucus»), estaban buscando «una salida honorable a la crisis». Insistía en que un compromiso «más resuelto» de Francia en Haití no vulneraría los intereses estadounidenses, sino que se inspiraría en un espíritu de «armonía y visión de futuro»; lo único que hacía falta era una oportunidad idónea para una «coordinación audaz y resuelta»⁵⁰.

Sin tal intervención, reconocía el informe, no había forma de desalojar al gobierno Lavalas. El mayor obstáculo era la inmovible popularidad de Aristide. El bombardeo de los últimos quince años le ha restado cierto

⁴⁸ Citado en Dionne JACKSON MILLER, «Aristide's Call for Reparations from France Unlikely to Die», *Inter Press Service News Agency*, 12 de marzo de 2004.

⁴⁹ *Miami Herald*, 18 de diciembre de 2003; Heather WILLIAMS, «A Coup for the Entente Cordiale! Why France Joined the us in Haiti», *Counterpunch*, 16 de febrero de 2004.

⁵⁰ Régis Debray, *Rapport du comité indépendant de réflexion et de propositions sur les relations franco-haïtiennes*, cit., pp. 13, 11, 12, 52-54.

apoyo, pero, como concluye el estudio más detallado del periodo reciente –notablemente crítico–, no cabe duda de que seguía disfrutando de una «popularidad abrumadora e indiscutible» entre las masas haitianas⁵¹. La encuesta Gallup realizada en octubre de 2000 señalaba que el FL era trece veces más popular que su competidor más cercano, y más de la mitad de los encuestados señalaban a Aristide como su dirigente de más confianza⁵². Según la última medición fiable, una nueva encuesta Gallup realizada en marzo de 2002, FL seguía siendo cuatro veces más popular que todos sus competidores juntos⁵³.

El regreso de la vieja guardia

Los objetivos reales de la ocupación iniciada el 29 de febrero de 2004 son absolutamente evidentes: silenciar o eliminar todo lo que queda de ese apoyo. Durante la primera semana de su intervención, la fuerza de invasión franco-estadounidense operó casi exclusivamente en localidades pro-Aristide y sólo mató a seguidores del FL. El nuevo primer ministro títere Gérard Latortue (ex factótum de la ONU de 69 años y huésped habitual de las tertulias televisivas de Miami) abrazó públicamente al asesino convicto Tatoune y sus rebeldes de Gonaïves como «combatientes por la libertad», iniciativa interpretada por *The New York Times* como «un claro mensaje de estabilidad»⁵⁴. El «gobierno de unidad nacional» de Latortue está compuesto casi exclusivamente por miembros de la elite tradicional. El 14 de marzo la policía haitiana comenzó a detener a militantes de Lavalas acusados de crímenes no especificados, pero decidió no perseguir a los líderes de los escuadrones de la muerte rebeldes, ni siquiera a los ya convictos de atrocidades. El nuevo jefe de la policía nacional, Léon Charles, explicó que, aun-

⁵¹ Robert Fatton, *Haiti's Predatory Republic*, cit., p. 182.

⁵² En la encuesta de octubre de 2000 los rivales más cercanos de Aristide, Evans Paul y Gérard Pierre-Charles, ambos miembros disidentes de la coalición Lavalas original, obtuvieron sólo el 3,8 y el 2,1 por 100, respectivamente; el desventurado Bazin, rival de Aristide en 1990, alcanzó menos del 1 por 100.

⁵³ Una breve conversación a primeros de marzo en el principal noticiario de la BBC ilustra cómo se presentaba en general ese apoyo en los medios de comunicación mundiales. Tras una corta entrevista con el ahora exiliado Aristide, quien repetía que había sido destituido por los estadounidenses, el responsable del programa se dirigía al corresponsal de la BBC en Puerto Príncipe, Daniel Lak, y le preguntaba, con el estilo habitual de la empresa: «Así pues, no está completamente derrotado, Aristide parece contar con gente que le apoya. ¿No es sólo un puñado de esbirros pagados por él mismo?». Lak respondió: «Oh, no! La gente que le apoya son los pobres de este país, la gran mayoría. Hay 8 millones de haitianos, y probablemente el 95 por 100 de ellos son desesperadamente pobres. [...] Son los ricos y la pequeña clase media los que apoyan a los oponentes de Aristide, y los pobres los que en general apoyan a Aristide». ¿Qué pasa entonces con las distintas explicaciones de la partida de Aristide? ¿Fue efectivamente un golpe, o una dimisión voluntaria? «¿Es posible investigar y establecer la verdad de todo eso –preguntaba el presentador– o es demasiado difícil desde donde tú estás?». La respuesta de Lak vale por todo un libro: «Creo que es demasiado difícil, um... Las dos posibilidades son parecidamente probables, pero está claro que los estadounidenses querían deshacerse de Aristide» («The World at One», BBC Radio 4, 8 de marzo de 2004).

⁵⁴ *The New York Times*, 21 de marzo de 2004.

que «queda por detener un montón de seguidores de Aristide», el gobierno «no ha tomado todavía una decisión acerca de los rebeldes, y es algo que queda por encima de mis competencias»⁵⁵. El 22 de marzo el nuevo ministro del Interior de Latortue, el ex general Hérard Abraham, anunció planes para integrar a los paramilitares en la fuerza de policía y confirmó su intención de restablecer el ejército disuelto por Aristide en 1995⁵⁶. A finales de marzo los escuadrones de la muerte anti-Aristide seguían controlando la segunda ciudad del país, Cabo Haitiano, donde «durante el último mes han llegado a la morgue docenas de cuerpos acribillados»⁵⁷. Mientras docenas de seguidores de Aristide eran asesinados por todo el país, la guardia costera estadounidense aplicaba la orden de Bush, manteniendo la práctica habitual estadounidense (en flagrante violación de la ley internacional), de rechazar por adelantado *todas* las peticiones haitianas de asilo.

La resolución del Consejo de Seguridad que validaba la invasión de las tropas franco-estadounidenses como Fuerza Multinacional Provisional el 29 de febrero de 2004 preveía la intervención de una Fuerza de Estabilización tres meses después. En marzo Kofi Annan envió a su Consejero Especial, John Reginald Dumas, y a Hocine Medili, para evaluar la situación sobre el terreno. El «Informe del secretario general sobre Haití», hecho público en abril, elevaba a nuevos niveles el eufemismo engañoso del discurso de la ONU: «Hay que lamentar que en el año de su bicentenario Haití haya tenido que recurrir a la comunidad internacional para que le ayude a superar una grave situación política y de seguridad», escribía Annan. Las circunstancias del derrocamiento del presidente elegido eran pudorosamente ocultadas, y el secretario general sólo indicaba que «a primeras horas del 29 febrero, el señor Aristide abandonó el país». A su juicio, el derrocamiento del gobierno constitucional ofrecía a los haitianos la oportunidad de un «futuro pacífico, democrático y en manos de la ciudadanía»⁵⁸.

Pero también admitía que el logro de ese futuro se demoraría cierto tiempo. Annan señalaba que, aunque los partidos políticos locales, incluidos Fanmi Lavalas y Convergence Démocratique, esperaban que se celebraran elecciones generales antes de finales de 2004, «miembros de la sociedad civil y la comunidad internacional eran de la opinión de que se necesitaría más tiempo». Además, la democracia —cuando llegara el momento— debía comenzar en el ámbito local, ya que «la vida política haitiana se ha visto a menudo dominada por elecciones presidenciales demasiado personalizadas, fomentando una retórica inflamada que distraía la atención de la población de los problemas locales». El 29 de abril el Consejo de Seguridad votó unánime-

⁵⁵ Michael CHRISTIE, «Haiti police begin rounding up Aristide associates», *Reuters*, 14 de marzo de 2004.

⁵⁶ Ibon VILLELABEITIA y Joseph Guyler DELVA, «Haiti to integrate rebels into police force», *Reuters*, 23 de marzo de 2004.

⁵⁷ Paisley DODDS, «Cap-Haïtien scene», *Associated Press*, 23 de marzo de 2004.

⁵⁸ CONSEJO DE SEGURIDAD DE LA ONU, «Report of the Secretary-General on Haiti», 16 de abril de 2004, pp. 31, 3.

mente el envío de una fuerza de estabilización de 8.300 soldados a partir del 1 de junio, bajo el liderazgo del Brasil de Lula, para «promover el gobierno democrático» y, por supuesto, «dar el poder al pueblo haitiano». Entre los dechados de respaldo popular que enviaban tropas a Haití estaban los gobiernos de Nepal, Angola, Benín y Pakistán⁵⁹. «Permaneceremos allí hasta que se restaure la democracia», anunció el embajador en la ONU de Chile, cuyas tropas se habían unido a la fuerza invasora organizada por Estados Unidos, Francia y Canadá. Esta última puede sufrir pronto una presión renovada para que demuestre su lealtad, ya que las Naciones Unidas informan de que tienen dificultades para reunir suficientes tropas francófonas para todas las misiones previstas, entre ellas en Costa de Marfil y Burundi. Como confesaba su portavoz David Wimhurst al *Los Angeles Times*: «Han aumentado las necesidades de mantenimiento de la paz, al tiempo que ha disminuido la disponibilidad de tropas. Nos preocupa que a los países de habla francesa les resulte difícil elevar su participación»⁶⁰.

El ejemplo de Haití

En 1804 el resultado de la guerra de independencia haitiana propinó un golpe sin precedentes al orden colonial. La victoria alcanzada hace doscientos años inspiró a generaciones de líderes revolucionarios de toda África y las Américas. El triunfo del neocolonialismo en febrero de 2004 está destinado claramente a asegurar que Haití no vuelva a proporcionar la «amenaza de un buen ejemplo». El país, reducido a la pobreza y a la dependencia de la deuda por los pagos de reparación a su antiguo amo colonial, se vio sometido además a la dramática polarización de riqueza y poder impuesta por su diminuta elite dominante. A mediados de la década de 1980 la brutal y corrupta dictadura de los Duvalier acabó provocando un masivo movimiento de protesta, demasiado poderoso para que nadie pudiera controlarlo. Cuando la elite haitiana perdió su confianza en la capacidad de Jean-Claude Duvalier para preservar el *statu quo*, en un primer momento trató meramente de sustituir su régimen por otra forma de gobierno militar. Esa solución duró desde 1986 hasta 1990, pero el ejército tuvo que recurrir a niveles inaceptables de violencia para intentar aplastar el creciente movimiento de protesta. La represión incesante llevó a Haití al borde de la revolución.

Tras la victoria electoral de Lavalas en 1990 se inicia el despliegue de una estrategia parcialmente nueva para desarmar esta revolución en un momento en el que la Guerra Fría ya no ofrecía una justificación automática para la represión de los movimientos de masas mediante el uso abrumador de la fuerza. El punto nodal de esta estrategia —diseñada no únicamente para

⁵⁹ Además de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, votaron a favor de la fuerza de ocupación Alemania, Angola, Argelia, Benin, Brasil, Chile, España, Filipinas, Pakistán y Rumania.

⁶⁰ *Los Angeles Times*, 1 de mayo de 2004.

suprimir a ese movimiento popular, sino para desacreditarlo y destrozarlo sin que tuviera posibilidad de recuperarse durante mucho tiempo— consistió en la aplicación de medidas económicas concebidas para intensificar una pobreza de masas que ya era atroz con el respaldo de una represión militar y una propaganda al viejo estilo diseñada para presentar a la resistencia que combatía los intereses de la elite como antidemocrática y corrupta. La operación ha tenido un éxito de tal calibre que en 2004 logró con el respaldo entusiasta de los medios de comunicación, de Naciones Unidas y en general de la «comunidad internacional» la expulsión de un gobierno elegido constitucionalmente y cuyos dirigentes siempre habían disfrutado del apoyo de la gran mayoría de la población.

Hay muchas razones para temer que a finales de este año muchos cientos de activistas del FL hayan sido asesinados. Con ellos morirá la posibilidad de reconstruir un movimiento popular amplio durante al menos otra generación. La dirección de Lavalas tenía muchos defectos, y hay mucho que aprender de su derrota, pero ha sido la única organización durante el último medio siglo que ha movilizad con éxito a las masas haitianas en un desafío social y político a su situación intolerable, y ha sido derrocada por los esfuerzos combinados de quienes, por razones obvias, temían y se oponían a ese cambio. Si Lavalas sigue siendo una fuerza importante en Haití, es en gran medida porque ha sido el único movimiento popular a gran escala que ha sabido cuestionar las tremendas desigualdades de poder, influencia y riqueza que han dividido siempre a la sociedad haitiana. Que Lavalas sólo consiguiera reducirlas un poco quizá diga menos de la debilidad del movimiento que de la extraordinaria virulencia, hoy día, de tales desigualdades.

1 de mayo de 2004